

SUSCRIPCIONES

Madrid, un mes... 1 pta
Provincias, trimestre... 5 ptas

25 EJEMPLARES 60 CENTIMOS

LA LIBERTAD señala a sus lectores y anunciantes que es el periódico de más grandes tiradas...

La Libertad

Toda la correspondencia debe dirigirse al Director de La Libertad

Apartado de Correos, 981

Para suscripciones, en la Librería de Purya, 6 Arenal, 6

Los anuncios se reciben en la Administración que despacha hasta la madrugada

Número suelto. 5 céntimos

UN GRAVE PROBLEMA INTERNACIONAL

¿Se prepara otra desmembración de Méjico?

¿Qué va a hacer España?

Nuestro propósito de explicar en el Parlamento una interpelación sobre la política que, con relación a Méjico, están desarrollando los Estados Unidos...

Hace años que se viene preparando en Norte América una intervención armada en Méjico, y hoy, exacerbada el ansia imperialista por obra del veneno que deja siempre la victoria...

Hace unos años que ha comenzado en Méjico un período intenso de reconstrucción económica; y si ha de creerse en el testimonio de los propios yanquis...

Desde 1910 especialmente se viene pensando en Méjico en la necesidad ineludible de nacionalizar la economía del país...

Y las organizaciones obreras españolas, ¿podrán ver con indiferencia lo que se haga por torcer el rumbo social de Méjico?

Y por ello, cada día parece tener Norte América un deseo más y más vivo de precipitar el instante de su intervención armada...

El pueblo mejicano ha tenido en estos años últimos una gran clarividencia y serenidad siempre que se ha tratado de la intervención yanqui...

Llega el instante de que el Gobierno español, las clases intelectuales españolas y la organización obrera de nuestro país...

El pueblo mejicano ha tenido en estos años últimos una gran clarividencia y serenidad siempre que se ha tratado de la intervención yanqui...

La Redacción de LA LIBERTAD está formada por Luis de Oteyza, Director; Antonio de Lezama, Redactor-jefe...

Los elementos intelectuales españoles tienen asimismo obligación de ayudar a un pueblo que, so pretextos turbios, va a sufrir una agresión más de quienes siguen manteniendo como escudo protector de sus acciones políticas el dogma de la Democracia...

Núcleos de hombres libres dedicados a las artes y a las ciencias se han organizado por el mundo entero, ávidos de luchar en pro de toda idea elevada, humana...

Yo requiero a mis amigos Ramón Pérez de Ayala y Luis Araquistain, especialmente conocedores del problema, para que ayuden, con el gran prestigio de su nombre, a orientar al pensamiento español...

Y las organizaciones obreras españolas, ¿podrán ver con indiferencia lo que se haga por torcer el rumbo social de Méjico?

Barcelona, 17.—A media tarde empezaron a recibirse noticias en Barcelona de que en la carrera de «motos» y «side-cars»...

Carreras accidentadas

Dos muertos y varios heridos

Barcelona, 17.—A media tarde empezaron a recibirse noticias en Barcelona de que en la carrera de «motos» y «side-cars»...

Otro aparato, al pasar por el pueblo de Llinás, arrolló a un niño de cinco años que atravesaba la carretera, matándole en el acto...

La Redacción de LA LIBERTAD está formada por Luis de Oteyza, Director; Antonio de Lezama, Redactor-jefe; Alejo Antonio Zozaya, Luis de Zulueta; Pedro de García Góngora, Secretario de Redacción...

Coplas del día

¡Gente "bien"!
Andan siempre de bureo...
Su naturaleza, ¡oh, cielos!,
les presta flacos servicios...

LUIS DE TAPIA

Los problemas sociales

Impresiones oficiales

Hablando del problema del pan en Madrid, dijo el Sr. Bergamín que le interesaba hacer constar que hay harina en abundancia para el abaratamiento de la población...

Los cocineros, en huelga

En la madrugada del domingo se declaró en huelga todo el personal de cocina que trabaja en los hoteles, fondas, posadas, cafés y restaurantes...

Las horas extraordinarias que se trabajen, y que en ningún caso podrán rebasar de las que la ley autoriza, y siempre de acuerdo el patrono con el obrero...

El más riguroso cumplimiento de la ley de Accidentes del trabajo, y en general de todas las leyes sociales dictadas en beneficio de la clase obrera...

Los jornales extraordinarios serán: Jefes, 25 pesetas; ayudantes, 15, y pinches, 8.

En caso de relevos por descanso semanal o enfermedad, el jornal del relevado deberá ser abonado con un aumento de un 50 por 100 sobre el que disfrute el relevado...

Las casas que desde 1.º de año a la fecha hayan aumentado los jornales a sus obreros en la proporción señalada, y alcancen, por tanto, el sueldo mínimo fijado...

Los pedidos de personal se harán directamente a las colectividades o Comisiones oficiales que las representen.

Para el fiel cumplimiento de las leyes de jornada y descanso semanal será obligatorio poner un cuadro regulador en cada casa, legalizado con las firmas del inspector regional del Trabajo, del patrono y de las colectividades obreras citadas.

Los patronos rechazan principalmente la base relativa a la jornada de trabajo, que se fija en ocho horas para todos los obreros del oficio.

Las Artes blancas
Continúa el Sindicato de este ramo sus gestiones para dar una solución satisfactoria al conflicto que se produjo en la fábrica de galletas La Fortuna.

El Sindicato de Artes blancas alimenticias está dispuesto a utilizar toda suerte de recursos conciliatorios para resolver este conflicto, llegando incluso a la huelga general si la intransigencia de los patronos cerrase todos los caminos...

Los peluqueros
El domingo por la tarde celebraron los peluqueros una Asamblea general, en la que la Comisión de huelga dio cuenta del estado en que se hallan las negociaciones...

Fue aprobada toda la gestión realizada por estos compañeros, a los cuales se les dio un amplio voto de confianza para que sigan representando a los huelguistas.

Ayer visitó la Comisión al gobernador civil, conviniéndose en continuar hoy, a las siete de la tarde, las entrevistas con los patronos, por no serle posible al gobernador prestar hoy atención al asunto.

Hoy mismo, a las diez de la noche, se verificará Asamblea general para dar cuenta a los huelguistas del resultado de las negociaciones.

Ayer pasaron lista en la Casa del Pueblo, durante mañana y tarde, más de setecientos obreros, que mantienen la huelga con igual firmeza que el primer día.

Millerand y Lloyd George se reunen

Antes de la Conferencia de Spa.—Una nota oficial
Folkestone, 17.—Millerand y Lloyd George continuaron sus conversaciones. Estas han sido muy laboriosas, consultando ambos respectivamente a sus colaboradores...

CRONICA GANANCIAS ILICITAS

Hubo un tiempo en que el propietario se consideró un Dios; podía ser amo de cosas y personas, destruirlas, matarlas, enajenarlas y transmitir a su antojo. Ni con la misma muerte acababa el derecho omnímodo, y la herencia daba testimonio de esa facultad de disponer de las cosas «mortis causa»...

Pero toda la evolución jurídica se ha detenido ante el negociante. El negociante es un afortunado mortal que se considera ungido por las más excelsas divinidades. Ha puesto su dinero en un negocio y gana el diez, el veinte, el ciento, el mil, el diez mil por ciento, y a todo el mundo le ha parecido justa semejante ganancia...

Y todavía, porque no me he declarado devoto de que los ricos usen alpagatas, se me acusa de favorecer a los negociantes! Por fortuna, quien se desposa con la verdad sabe lo que puede esperar de los redimidos. Los que así me inculpan, se asustarían si se les pidiese que firmasen una petición contra el derecho de propiedad o reclamando que se declarasen ilícitos por el Estado todos los negocios que produjeran más del diez por ciento...

Todo negociante debiera ser obligado, por una ley o por un decreto dictatorial, a presentar un balance trimestral de sus ganancias en la oficina que se designase o ante una Comisión de vecinos, penándose como estafa la ocultación o alteración fraudulenta en los libros. Esto hecho, toda ganancia superior al diez por ciento debería ser confiscada, sobre todo tratándose de artículos de primera necesidad.

Mientras esto no ocurra, el negociante seguirá explotándonos y los ciudadanos seguirán echándose unos a otros la culpa de lo que es fruto de un régimen jurídico absurdo, que se detiene siempre ante el capital como ante una divinidad intangible.

Los artículos de primera necesidad, como los alimentos, los paños y telas corrientes y el calzado, no deben ser objeto de negociación ni de lucro. Sus fabricantes, almacenistas, exportadores y vendedores no deben aspirar sino a ver retribuido su trabajo y nunca a enriquecerse. ¿Lo hacen? Inmediatamente deben ser castigados y explotados. Esta es la verdadera alpagata eficaz. ¿Tan difícil es saber qué negociantes sacan a sus empresas un interés superior al diez por ciento? Contra ellos deben ir las campañas y no contra el obrero que gana un jornal y lo necesita para vivir.

Si encarecen los paños, lo racional no es asociarse para ir por la calle medio desnudos. Si encarece la carne, lo lógico no es acordar alimentarse de berzas; si encarecen las alpagatas, no será prudente decidir que vayamos descalzos. Lo procedente es que todo el mundo muestre sus balances, y que el que haya obtenido ganancias ilícitas las pierda y que sepa, de una vez para siempre, que no se puede negociar con el alimento y el calzado de los pobres, y eso se consigue con un simple decreto. ¿Quién se atreve a pedir que se promulgue? Desde luego lo pido yo, que ni negocio, ni exploto, ni presto a rédita...



# DE LA TRAGICA FIESTA COGIDA Y MUERTE DE JOSELITO

«Mojada en lágrimas, hondamente dolorida la pluma que tanto generosa tantas veces ya alegría triunfadora de Joselito, escribe hoy luctuosamente su elegía.

El lector ha de perdonar el lenguaje desordenado de estas cuartillas, que me ocupé a leer, sobrecogido como a mí dolor, el inextinguible, insomniable deber profesional.

Quería yo a Joselito como a un chico de mi familia. La infantilidad de nuestros caracteres había establecido entre nosotros, salvando la triste distancia de los años, un lazo de amistosa simpatía, que cada vez que por con los toros, ni con las revistas, aunque por ellos viniera, desde que niño aún y aún becerrista, en los días más fuertes de mi pelo por su hermano Rafael, le conocí en Sevilla cuando todavía iba de guerrilla y no había estrenado su primer sombrero, que no quiso ponerse hasta que toseó su primera novillada en la plaza de la Macarena.

El primer artículo en que de él—tan sensible a la letra impresa—se habló en la Fronda madrileña, se lo hice yo. Su primer brindis amistoso en la plaza de Madrid fue para mí; el del sexto toreo de la novillada de se debutó: «Don Fíat VI a sí sí arrancó a su asustar de usó.»

Y siempre habla en mis recuerdos trágicos de su toro de guerra, junto al entusiasmo del periodista, el escrito un poco paternal del amigo viejo al muchacho joven, a quien ha visto crecer, todavía un niño, a la vista de la cobardía y a cosas desproporcionadas con la gloria ha sentido gozoso. Y en mis juicios públicos, como en mis consejos u opiniones al oírlo, ha hecho siempre la sinceridad, a veces un poco repugnante, la amistad que se da sin pedir, esas palabras tan inocentemente demandadas por los amigos y con los enemigos de los toreros, porque lo basta con la correspondencia de un cariño cordial.

Y ahora, al ver inopinadamente, inverosímilmente ausente en plena juventud al muchacho vigoroso y triunfador, el corazón se estrecha y la pluma obedece trabajosamente los implacables requerimientos de la obligación, porque al par de la pérdida del amigo siente casi sobre su confianza optimista, como una losa sepulcral que acaba con todas las ilusiones, la consideración de la mentira, de la impotencia, del vigor, de la juventud y del poder contra las leyes decretadas fatales de la inexorable.

Pobre Kikiriki! Aún tengo en mis labios el frío de su frente, que he besado al despedirme de él en la enfermería de la plaza, y me resisto a creer la dolorosa, la incomprendible verdad, preguntándole si no será todo una cruel pesadilla.

«A Kikiriki, como en sus primeros tiempos se le llamaba muchas veces, le ha matado un toro. ¡A él! ¡A Joselito!»

«Como no se tire un cuerno...» decían de él los aficionados, para dar idea de su seguridad y dominio de su arte.

Todavía, hace pocas noches, recordaba Vicente Pastor que él, que no va nunca de espectador a los toros por lo mucho que sufría viendo a todos cogidos, iba tranquilamente a ver torear a Joselito; y como éste una vez, creo que al día siguiente de matar en Madrid el solo aquellos siete toros de Martínez, le dijese al encontrarse en la calle:

«No desía usted que no iba nunca a los toros? Pues ayer le vi a usted en la plaza.»

«Tomá—respondió Vicente—, a verte ti mira, qué gracia; como que contigo estoy tranquilo, porque sé que no hay toro que te cogja.»

Y ahí está su cadáver, desmintiendo todas las previsiones, refutando trágicamente las voces enemigas, que, no sabiendo o no queriendo ver su facilidad para torear, le tachaban de ventajista y cobardo. A él, que ha sido, sin hacer castel ni pregón de su valor, uno de los toreros más valientes que han pisado plaza.

Por valiente ha muerto de corrada; que no se ha dado todavía en la historia del toro que ningún torero cobardo haya muerto en la arena.



Primer momento de la cogida



El cadáver de Joselito en la enfermería de la Plaza de Toros de la Reina

«Ventajista! ¡Hay que exponer! ¡Que usted no exponga nada!»

«Ah, si las exaltaciones de la pasión taurina no eximiesen de responsabilidad a las injusticias de la plaza, cuántas lágrimas de recordamiento correrían ahora!»

«Ventajista! ¡Como no te tire un cuerno!»

«Pobre Kikiriki!»

Parece como que todos, público, que tan a mal llevó que le sacaran de Madrid para la nefasta corrida de Talavera, y los amigos buenos que reprochamos pública y privadamente a Joselito que «tomase» esta corrida, presentáramos, claro que sin darnos cuenta, la tragedia.

Nunca fué tan general la preocupación por una función de tan poca importancia ni tan unánime la condenación de la malhadada debilidad de admitirla.

Únicamente Joselito, con aquella despreocupación nacida de su confianza en sí mismo, no dio la menor importancia a esta corrida ni sintió la menor inquietud ante ella ni durante ella. La voz misteriosa que muchas veces anuncia a los hombres la proximidad de una desgracia, y que a todos nos habló con acentos incomprensibles, permaneció muda para Joselito, quien vino contento a Talavera y fué a la plaza con el buen humor de que le ponían los toros y la seguridad que su confianza en sí mismo le daba.

Ni siquiera esa disputa en una estación, que para otro torero supersticioso—Joselito no lo era—, y mecos seguro de sí mismo, hubiera sido un presagio de mala pata; hizo mella en su ánimo. Ni aun le alarmaron las malas condiciones del toro traidor que le quitó la vida. Sus últimas palabras, antes de caer herido, segundos antes de la cogida, fueron para gritar, sin jactancia, a sus peones, con la certeza de su poder, que le ha acompañado siempre:

«¡Quietos! ¡Dejádmelo a mí, que yo puedo con él; ya le tengo dominado!»

Y he ahí, mientras a toda prisa trazamos estas líneas, venciendo el dolor de nuestro corazón, al hombre fuerte y seguro de sí, muerto, tendido en la misma mesa de operaciones donde le pusieron al entrarle de la plaza, envuelto en mantas, trágicamente alumbrado por cuatro blandones, rodeado de hombres rudos, acostumbrados, como él, a desafiar la muerte, sonriendo todos los días, que crispaban los puños, miran al cielo, como pidién-

dole cuentas o preguntándole si este horror inverosímil es posible, y acaban llorando como niños.

«¡Inanidad de las cosas! Millones, ilusiones, juventud, alegría, imperio; ¡todo ha acabado tristemente, inesperadamente!»

Si algún hombre ha sentido lejos de sí la muerte, ha sido Joselito, a pesar de desafiarla todos los días. Acaso han sido los que, desde su llegada de América hasta el de su trágico fin los de sus mayores ilusiones. En las confidencias íntimas, tan lejanas de los toros, que algunas veces hacía a mi paternal amistad, Joselito me ha hablado repetidamente de sus ilusiones sentimentales. José hablaba de estas cosas con experiencia de hombre mundano, impropia de sus años, y con el acierto de un claro talento natural, que sabía ver, observar y deducir. Creo que he sido de las contadas personas a quienes ha hablado de sus planes matrimoniales.

Porque Joselito, tan afortunado con las mujeres y tan solícito por ellas, «no dejase engañar nunca», según alardeaba, estaba enamorado vivamente, hondamente, de una gentil, distinguidísima señorita sevillana.

«Que es la mujer como yo quiero que sea la mía—me decía—: buena, honrada, mujer de su casa y con religión; y nada de té tango y cosas cosas». Como tiene que ser la mujer para casarse.

Todas las tardes, cuando estaba en Sevilla, Joselito hacía a determinada hora la procesión del niño perdido, como se dice, y se iba solo a pasear por determinada calle, donde, en un balcón, había siempre a esa hora una gentil señorita, buena, cristiana y mujerita de su casa, que no se retiraba de allí hasta que el torero doblaba la esquina y desaparecía.

Hace unos meses que Joselito, después de torear, para que ella le viese, unas cuantas corridas de ruido, ¡calefitease cómo!, se insinuó, al fin, sin que por el pronto pudiese haber ninguna contestación positiva a sus esperanzas; pero éstas debieron aumentar, según la alegría que el muchacho manifestaba cuando hablaba de esto.

Y cuando volvió de América, me dijo, un momento que pudo distraer a las exigencias amistosas de los admiradores que continuamente le rodeaban:

«Prepáre usted el regalo, Lugin. Vendrá usted a la boda, ¿verdad?»

«Claro, hombre. Pero ¿hay algo?»

«Lo habrá.»

«Ay, ya no hay nada, más que unas lágrimas que tienen que esconderse y un pobre corazóncito, que empezaba a vivir, a tener ilusiones, castigado por la pena!»

«¿Cómo lo podía él creer? Cuando, hace poco tiempo, me creí en el caso de retirarme de estos menesteres de la crónica taurina—¡ojalá no hubiese cedido al amistoso mandato de los compañeros!—, Joselito me dijo, al saberlo:

«Usted no se retira hasta que yo me corte la coleta... Y ya puede usted comprar tinta y papel pa las revistas, que va pa largo.»

De otros toreros de antiguo fin se han podido contar las corazoadas amarguras de la catástrofe, una superstición, el encuentro con un cortejo fúnebre, la maldición de una mujer... Joselito no tenía supersticiones. No creía en esas cosas, caso único en el torero, en Andalucía, y mucho más extraño, en su raza. Lejos de ello, se burlaba de todas esas absurdas relaciones misteriosas de los sucesos con las cosas, que hasta a los hombres con letras nos preocupan.

Precisamente desde que vino de Lima tenía la costumbre de arreglarse todas las mañanas escuchando una cancióncita aprendida allí, que era para poner los pelos de punta a cualquier tonajo que la oyese cantar. Era una variante americana, con confusión de fecha, de un tango a la muerte del Espartaco:

El veintiseis de Mayo, qué día tan cretencero, en la plaza de Madrid metó un toro al Espartaco.

«Home, tiene usted una coquita tón los días

en la boca...—le decía siempre su leal mozo de espaldas Paco Botas, que nos refiere el caso con lágrimas.

«Sí; la he aprendido en Lima—contestaba José encogido de hombros y riendo de las aprensiones de su criado. Y continuaba cantando:

De verde y oro vestía el simpático torero, llamado Manuel García, por apodo el Espartaco.

«Ayer por la mañana le cantó también—nos cuenta Paco Botas—; yo, como siempre, protesté. ¿Ya está usted con la coquita?»

«¡Calla, tanto!—me contestó. Le juro mucha gracia la tal coquita—añade el Camero—; en el bazo, camino de acá, en cuanto nos reímos, ya le escuchamos cantando todos. Le había hecho mucha gracia desde que la oyó y la vio bailar, como un vañe o un darsón en Lima. ¿Quién iba a creer?»

«Ya me usted—concluye Blasquet estremecido—, once días antes del aniversario de la muerte del Espartaco ha muerto él. Y como el Espartaco, de un colapso con una cogida semejante. Pa que luego digan...»

«Y el sábado, al volver de la plaza, no manifestó disgusto en relación con esta corrida, vista la actitud que a causa de ella adoptó el público con él?—preguntamos al mozo de estroques.

«No, señor—contestó Botas—. Lo único que me dijo mientras le estaba desmenuando fué:

«¿Has visto qué trabajo cuesta ganar el dinero?»

«No torea usted más en Madrid—le dije yo. Y él me contestó sonriendo:

«Ya quean pocos, Paco.»

Esa noche no salió José a la calle. Tuvo muchas visitas. Cenaron con él sus amigos íntimos, el cultísimo y simpático Pepe Cosío, Lusanro Villar, que ha sido uno de los empresarios de Talavera, y Fernando. A los postres fué Darío López, que no pudo ir a cenar. Todos hablaron de venir a Talavera ayer. El único, que acaso mouldo de algún presentimien-

to no comprendido, se negó a venir, fué el Sr. Cosío, que precisamente estos días ha acompañado a José a todas las corridas que ha toreado.

«Yo no voy a Talavera, José.

«Pero, hombre, ¿por qué no vienes?»

«¿Qué se yo por qué no.»

Difícilmente olvidaré la impresión de esta triste noche. Llegamos a Talavera pasada media noche. Fuimos directamente a la plaza. En los alrededores de ella hay alguna gente del pueblo y dos o tres automóviles que han salido de Madrid casi al mismo tiempo que nosotros. El portón de los toreros está abierto. Por la frontera puerta de cuadrillas se ve confusamente, en la oscuridad de la noche, la pequeña plaza. Bajo un porche descansan del largo trabajo del día varios guardias civiles. A la derecha de la puerta de entrada hay un pequeño edificio. Es la enfermería, donde yace el cadáver de Joselito. A la derecha de la puerta de esta dependencia hay otra, que comunica con las habitaciones del conserje, donde se encuentran los individuos de la cuadrilla que no están velando el cadáver y los amigos que acompañaron a Joselito a Talavera. Un momento nos detuvimos en la puerta de la enfermería para vencer el trabajo que cuesta entrar en la habitación donde yace alguna persona de quien nos hemos de despedir para siempre. Al fin, seguimos tira de nosotros.

Entramos torpemente.

El pabellón de la enfermería lo componen tres habitaciones—¡oh, obligaciones de la minoridad reportera!—. En la primera, iluminada vagamente por el reflejo de los blandones de la cámara mortuoria, se ven algunos hombres, caídos más bien que sentados, en sillones, y arrebujados en mantas. Son el Camero, Farnesio y Alhendro.

En el centro de otra habitación, más bien pequeña que grande, con una ventana que da al patio de caballos en su parte más estrecha, se ven los blandones con paños negros y blancos, está el cadáver de Joselito, tendido en una mesa de operaciones, envuelto en unas mantas. Los pies del torero, tapados con una manta de las de munición, salen fuera de la mesa. Sólo tiene Joselito descubierta la cabeza, que descansa sobre una almohada. Un paño blanco sujeta la barbilla. Joselito parece dormido. El aspecto es de una gran serenidad. No parece un hombre que ha muerto violentamente. A veces esa ilusión, que da a Joselito la cobardía contra la irreversibilidad, hace imaginar que sonríe. El gesto de la boca, que a veces se mueve un poco cuando iba a gastar una bromita a alguien. Un momento creemos que iba a reírse y a gritar, ¡jujururo!

«¿Y esos gatos?»

Hizo bien en no ir el Alfoñis/a. Difícilmente hubiera podido ver, sin emoción, aquella cara, aquella boca que parecía conducir de tomar aliento, para gritarle, según su modo: «¡Joaquín!»

Todo es ilusión. Joselito permanece inmóvil para siempre. Cuesta trabajo creerlo; pero hay que sucumbir, que someterse a la dolorosa verdad.

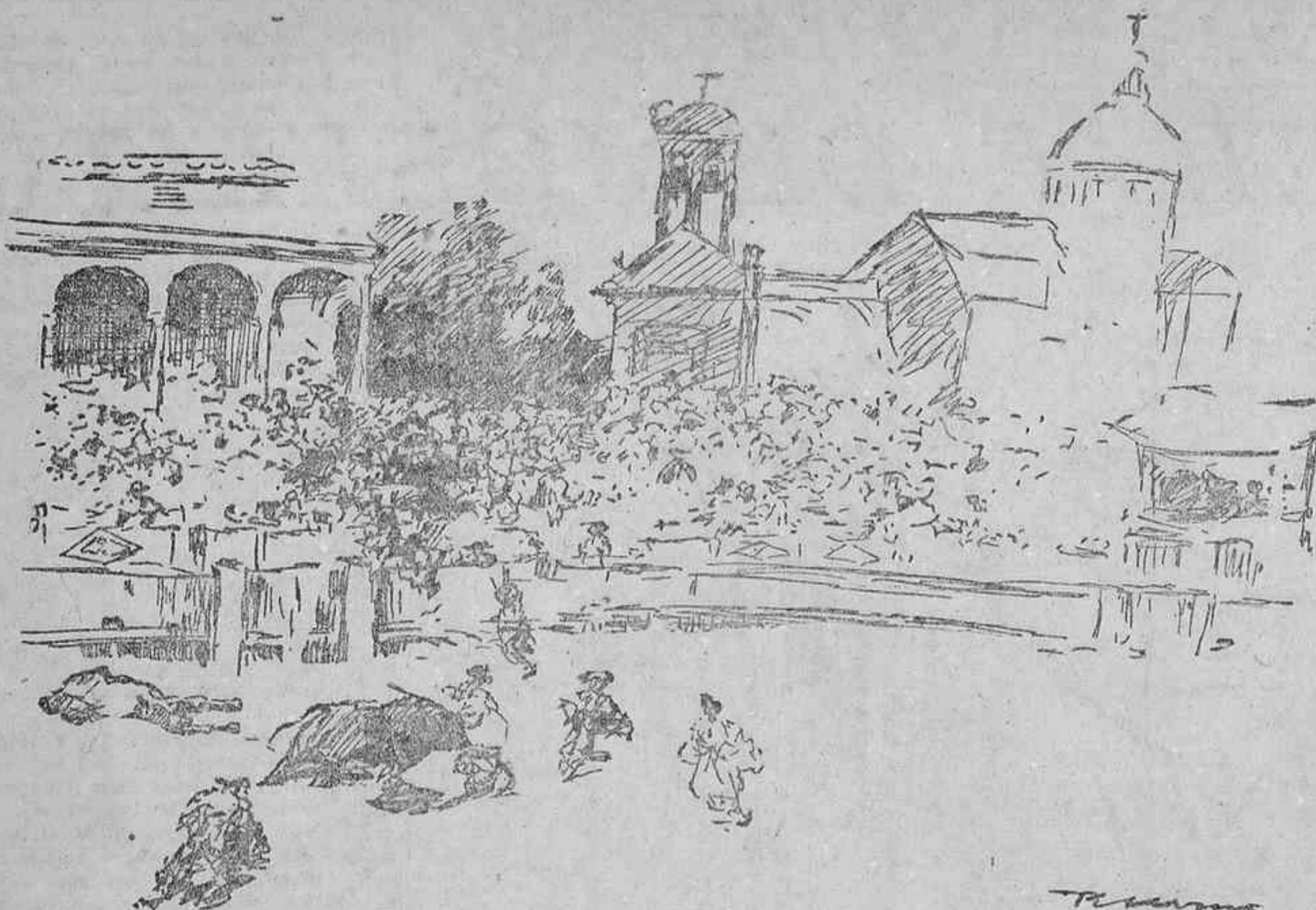
Aquella juventud, aquella alegría, aquella bondad, porque José era un hombre bueno y amante de hacer el bien, digan lo que quieran sus calumniadores, son ideas para siempre. Cuatro blandones en dos haces alumbran la ruina de esta torre tan alta, y lloran por tantas esperanzas muertas.

Sobre el pecho tiene el matador cruzadas las manos bajo la manta que lo cubre. El pescuazo y el hombro derecho aparecen amarrados con un gran trastornamiento, el del golpe de la caída. El pelo rizado, apenas despidiendo, ayuda a conservar la expresión infantil del que parece dormido.

Su cuadrilla, los soldados de su hueste victoriosa, se acercan a él, le miran tristemente,



Segundo momento de la cogida



La Plaza de Talavera en el momento de la cogida

lloran y hacen un gesto de ira, de rebelión contra lo que nadie puede rebelarse. Algunos amigos permanecen junto al torero con inmovilidad de estatuas. Hay lágrimas en todos los ojos. De vez en cuando se asoma a la reja alguna mujer, llorosa también. Múevense los labios murmurando oraciones. Nadie habla. Todos están aplañados bajo el peso de la absurda desgracia.

He aquí lo que queda del invencible Aquiles, del héroe, del triunfador. ¡Veinticinco años, la edad de vivir! Los cumplió el día 9. Y para esto la lucha, los dolores, los alarmas, las envidias, los enemigos?

¿Qué misteriosa concañenación hay entre las cosas que parecen más lejanas?

Hace treinta años, el 1890, vino Fernando el Gallo, su padre, a inaugurar esta plaza, cuando aún no había nacido este hijo, que, andando los años, al venir a torrear aquí su primera corrida, había de dejarse una vida que todos, él el primero, creíamos libre de los riesgos de la plaza. El ganadero del toro que lo mató se apellidaba Ortega, como la madre de Joselito. El toro se llamaba «Baileador»...

Pasamos a la otra habitación. Allí, sentados en las dos camas, que componen todo el menaje, se encuentran Ignacio Sánchez Mejías, el Cuco, Parrita, el subadministrador de Joselito, nuestro compañero Gregorio Corrochano y el apoderado de Ignacio, Alejandro Serrano. Todos están como anonadados, aplañados, aplastados por la impensada desgracia. Contestan silenciosamente a nuestro abrazo, apretándonos nerviosamente, hasta hacernos daño, y lloran como niños.

—Si yo supiese quién tiene la culpa!— gime Mejías desesperado.

Parrita, sobre quien parece gravitar con mayor peso el dolor, se esfuerza en vano por hablar. Nos tiende las manos trémulas. Todo su cuerpo tiembla nerviosamente.

—Ya ve usted, ya ve usted. Eso es... Apenas nos atrevemos a interrogar al Cuco cómo pasó aquello.

—Que lo cogió el toro, lo cogió el toro... Oprime el corazón, aún más de lo que está, el espectáculo de estos hombres, vencidos por la tragedia.

Salimos a rezar con los de la otra habitación... y luego, como todos nos vamos a recobrar la entereza paseando cada cual solo.

Vienen a buscarnos Botas, y luego Blanquet, y luego el Camero, para contarnos cómo ocurrió el drama. Si fuera necesario pintar de algún modo la impresión, ya supuesta por el lector, que en los auxiliares de Joselito produjo la desgracia, nada lo diría mejor que él no haberse dado cuenta algunos de ellos de su intervención en el suceso.

—Ya en el suelo José— cuenta Botas—, le hizo Blanquet el quite cuando el toro le tiraba el hachazo y salió rebocado con él.

—¿Que yo le «hise» el quite?— pregunta extrañado Blanquet—. Si yo fui a cogerlo del suelo.

—No; eso fué después. Tú te llevaste al toro.

—¿Que yo me llevé al toro? Mire usted, no sé, porque ya puede usted figurarse...

Empieza a clarear. Les pedimos que nos conduzcan al sitio donde el toro cogió a José, donde cayó herido de muerte. Entramos en el redondel, por la misma puerta de cuadrillas por donde José entró al comenzar la corrida, tranquilo, contento, «como siempre»— nos dice Botas—, a triunfar, para salir luego en hombros de sus peones camino del cementerio...

La plaza de Talavera de la Reina es, pictóricamente, una plaza preciosa. Ricardo Marín, que acaba de pasar el terrible rato de hacer el último apunte de Joselito, se siente dominado por esta otra emoción de la belleza, que un momento, como un consuelo, nos invade a todos.

La plaza es muy baja, muy chata. No tiene más que tendidos, con sus siete u ocho filas y las barreras. Sólo frente a la puerta de cuadrillas hay un pequeño piso cubierto, con quinientos palcos y el de la presidencia y una minúscula grada.

Los tendidos son de ladrillos. En algunas partes hay considerables desniveles, como si hubiese habido un terremoto. Por el lado izquierdo se asoman, curiosos, a la plaza unos altos y frondosos árboles, y enfrente, dominando toda la plaza, «metiéndose en ella» y

dando una extraña nota, se yergue la mole de la ermita de Nuestra Señora del Prado, casi una catedral, con su gran cúpula y su pintoresca espadaña, desde la cual dos blanquísimas cigüeñas, que tienen allí su nido, presenciaron indiferentes la tragedia, ocurrida casi debajo de ellas.

¿Cómo a los pintores que pintan cosas de toros, se les ha escapado este cuadro singular, que sólo en cuanto a su extraña novedad tiene analogía con la pintoresca plaza de Andújar, que yo fui a conocer precisamente por consejo de Joselito?

Esta iglesia de bella traza, esta cúpula, esta torre, esta espadaña y estas cigüeñas parecen formar parte de la plaza, ser la decoración con que un artista genial la exornó. Perdonad la aparente digresión que agradece la angustia del dolor.

Del relato que unos y otros nos hacen del dramático suceso, toreros y espectadores, podemos deducir una versión exacta del mismo.

Vestía Joselito de grana y oro, esos colores antes tan frecuentes en los «vestidos» de torrear y ahora tan raros, como que se han pasado años enteros sin que los sastres de torero cortasen un traje de esas «jochurnas». Si mal no recordamos, alguna vez nos hemos ocupado del caso. El color grana es muy llamativo. Grana era el traje de Bienvenida cuando, en mitad de su triunfal resurrección, recibió la tremenda cornada que apagó sus fuegos y cortó su carrera.

Iba Joselito a torrear una corrida adecuada a Talavera y se encontró con una corrida de peso, bronca de poder y difícil. Cuentan que durante ella José hizo expresivas señas varias veces, comentando aquello, no sabemos a quién. Diez y ocho caballos mataron los seis toros. Así debía esperarse cuando se llevaron buenos caballos. «Caballos de cien duros».

El primer toro fué muy difícil y sólo el poderío de José pudo vencerlo. Afirman los toreros que con Joselito torrearon que fué sin duda mucho más difícil que el que lo mató, con serlo tanto. Con su amigo D. Darío López, que ocupaba una barrera, comentó José varias veces, según nos dijeron, las dificultades de este ganado, que tenemos entendido que no es de ganadería asociada.

Al banderillar Joselito al cuarto toro, se le descañó la faja y, quitándosela, toró sin ella el resto de la corrida. Fué la primera vez que tal le ocurrió.

El toro «Baileador» era negro, «regordón», como dicen en Andalucía de los toros «pretados de carnes, criados con grano, como toda la corrida, bajo de agujas y corto y muy afilado de pitones. Parecían vaciados, como las navajas de afeitar. Y, según acreditaba la boca, tenía seis años.

—El toro peleó con nosotros como manso que era— dice Farnesio—; pero manso de los mal intencionados. Entraba a desarmar. Camero y yo le pusimos cuatro puñazos y nos tumbó tres veces. Nos mató dos caballos. Cortaban los cuernos como machetes recién afilados.

—Todos eran así— interrumpe Blanquet—. Baste decirle a usted que el primero partió siete capotes.

Era muy grande este toro.

—Pues ahí verá usted. Ni grande, ni cornalón, para que luego digan ustedes. Doscientos cincuenta y siete kilos ha pesado. La cabeza es muy bonita; parecerá, disecada, la de un toro inofensivo. En casa de Lagartijillo, que tuvo la contrata de la carne y se la ha llevado a Madrid, podrán ustedes verla.

Banderillaron al toro Cantimplas y el Cuco.

Cuando tocaron a matar, Joselito le dijo a Darío López al coger el estoque.

—Con éste hay que estar «prevenido». Está muy «difísil».

Se fué a él y comenzó a muletearle con las naturales y debidas precauciones, sufriendo tres grandes coladas, de las que se libró gracias a su serenidad, a sus facultades y a estar sobre aviso. Quisieron intervenir los peones, al refugiarse el toro en tablas, entre el 1 y el 2; más en éste; pero él les gritó:

—¡Quietos! ¡Dejadme, que yo puedo con él! Quitas, Cuco, que se fija contigo.

Y comenzó a muletearlo, y le dió tres medios pases para sacarle de las tablas. Había conseguido al tercero separarlo de allí, y dió dos pasos atrás para cambiarse de mano la muleta, como había hecho antes, en las otras tres coladas, para librarse de ellas y que el

toro le encontrase prevenido, y en este momento dió el toro una tremenda arrancada y enganchó al torero.

¿Concebís esto? ¿Creeís posible que frente al toro José, a tres pasos de distancia y prevenido, haya podido ningún toro ganarle la acción y cogerlo y matarlo? Por fuerza el torero tuvo que distraerse un momento.

La versión de los toreros niega esta distracción. Pero los espectadores hablan de ella, aunque dando distintas explicaciones. El conocido industrial madrileño Sr. Carralero, con quien nos topamos a mitad de camino y fué la primera persona que nos refirió el suceso, nos dijo que José distrajo la atención del toro para decir algo a los peones.

Otros espectadores, sosteniendo la versión más extendida en Talavera, aseguran que un espectador, que toda la tarde se había estado metiendo con Joselito, le chilló:

—Ya andas con precauciones, ¡Arrmate!

Y cuentan que en este momento José levantó la cabeza y le dijo:

—Si no puede ser...

Y fué cuando se le arrancó el toro.

Y que al espectador impetientemente le dieron una paliza.

Otra tercera versión asegura que nadie chilló; pero que Joselito se dirigió con la vista a su cercano amigo, como señalándole la creciente dificultad del toro.

Algo así debió ser. No se concibe de otro modo.

Ello es que «Baileador» se le metió tan rápido, que no le dió tiempo a huir; le enganchó por el muslo derecho, infiriendo a Joselito otra cornada; lo levantó, y ya en el aire se lo pasó al otro pitón, apuñalándole el vientre con el terrible acierto que todos lloramos y dejándole caer en seguida.

Cayó José encogido y sobre el lado izquierdo, y el toro se fué sobre él para herirle de nuevo; pero salió rebocado, sin acertar a empunzarle nuevamente, a tiempo que un capote se lo llevaba.

Acudió Blanquet a levantar al caído.

—¡Jalé de él, le saqué de allí, le metí las manos por debajo de los brazos y lo levanté.

Entonces Joselito se echó las manos al vientre, se miró la herida y dijo:

—¡Ay, madre mía, que tengo fuera el intestino!

—No, hombre, no— dijo Blanquet.

—Si; que lo he visto.

Acudió velozmente el mozo de estoques, vinieron otros mozos de la plaza y se lo llevaron en hombros, corriendo, a la enfermería.

Por el camino, José, que seguía apretándose la herida, dijo a los suyos, articulando trabajosamente:

—¡A Mascarell! ¡A Mascarell!

Y lo volvió a repetir al entrar en la enfermería:

—¡Mascarell!

Le entraron en la enfermería; le tendieron en la cama operatoria; acudieron corriendo Camero y Farnesio; fué luego también Ferrando, a quien no dejaron entrar.

Con los médicos locales acudió un médico de Madrid, D. Rafael Terrón, si no estamos equivocados amigo de Joselito, que le llevó en su automóvil a la plaza. Se reunieron allí seis médicos. Todos se dispusieron a hacer la cura con la rapidez que el caso demandaba.

—Bueno— dijo Blanquet—, no hablen ustedes todos a una, porque no habrá modo de entenderse. Que uno de ustedes sea jefe y los otros ayudantes.

Así se hizo. Apenas reconocido, notando que le acometía un colapso, el médico que dirigía la cura dijo:

—¡A él, a él, que es lo importante! Dejad ahora la herida.

Y le pusieron cuatro inyecciones a un mismo tiempo, una en cada costado y otra en cada brazo. Joselito reaccionó.

—¿Qué me hacen?

Blanquet le cogió la mano.

—Es una inyección; aguanta, hijo.

—¡Por tu madre sueñame, que me hacen mucho daño! ¡Me ahogo!

Fueron sus últimas palabras.

Le cosieron la herida del vientre, pero todo era ya inútil. Nuevamente se había apoderado de él el colapso, y ya no volvió a la vida. Poco a poco se fué apagando. Blanquet seguía anhelante los movimientos de los médicos.

—¿No vuelve?

—Ten ánimo, Blanquet!— le dijo el señor Terrón.

—¿Qué dice usted?

—Que esto se va, desgraciadamente.

La tremenda impresión de los individuos de la cuadrilla y de todos los presentes no hay para qué decirlo.

En este momento entraron en la enfermería los amigos de Joselito, Sres. López y Villar.

—Vámonos a Madrid por un médico— se dijeron.

—Traerse a Mascarell— les encargó Botas.

—Y a Govanes y a Ortiz de la Torre— agregó alguien.

—Todo será inútil— dijeron los médicos.

—Está acabado.

De la inmediata ermita trajeron corriendo un Extremaunción.

Fuó una escena breve e imponente. Algunos toreros se hallaban en tal estado de atontamiento, que ni se enteraron de lo que veían. Los médicos intentaron en vano remedios.

Dijo el sacerdote la recomendación del alma, y se fué.

Poco después entraba Mejías, conculda la corrida. Ignoraba la gravedad de su cuñado.

El público, enterado de ella, quiso que se suspendiese la corrida; pero Mejías, a quien le habían dicho que la herida era un puntazo sin importancia, quiso concluir.

El mismo nos refirió, con entrecortadas palabras, la tremenda impresión que sufrió al entrar en la enfermería.

—Al verle, de color verduoso y desvanecido, pregunté: «¿Le habéis dado cloroformo?»

«No; es un colapso», me respondieron. Entonces me hice cargo de toda la terrible verdad.

Le cogió una muñeca para apreciar el pulso, y como lo viese tan débil, le dijo a su amigo D. Salvador Mencheta:

—Mira tú a ver si se lo encuentras mejor.

Mencheta le tomó la otra mano. Cada vez eran más imperceptibles los latidos.

—Se queda sin pulso— dijo Ignacio a los médicos.

Entonces, uno de ellos exploró con el espectroscopio. Se lo entregó al otro médico, silenciosamente. Auscultó el otro, y también en silencio levantó la cabeza, guardó el aparato y se retiró gravemente, sin decir nada.

Mejías, que no había soltado la mano de su cuñado, percibió las últimas debilísimas pulsaciones.

—¿Qué hora es, Salvador?— tuvo la entereza de preguntar.

Mencheta consultó su reloj.

—Las siete y ocho minutos.

Mejías soltó cuidadosamente la mano de Joselito.

—Se ha conculdo— dijo.

Y rompió a llorar como un niño.

—

Otra vez se reprodujo el dramático cuadro. Algunos toreros preguntaban repetidamente, negándose a dar crédito a lo que veían:

—¿Pero es verdad?

Preguntaba que luego hubimos de repetir todos tantas veces durante esta larga, inabarcable noche.

Mediada ésta, llegó Rafael con varios amigos. Con ellos volvieron los Sres. López y Villar, a quienes cerca de Madrid encontraron los acompañantes de Rafael, y les dieron la noticia conocida en Madrid minutos después de suceder. Rafael salió de Madrid ignorando toda la extensión de la desgracia, que le comunicaron por el camino con las naturales precauciones.

Al llegar a la plaza, no quiso pasar de la puerta de la enfermería, no atreviéndose a ver el cadáver de su hermano. Saló afuera.

—Que no me vuelva nadie a hablar de toros ni de nada— dijo a los amigos que se le acercaron—.

No quiero ver a nadie; no quiero hablar a nadie.

Y se marchó solo por el campo, seguido a distancia por sus amigos, que al cabo consiguieron recogerle y llevarle a la fonda, para traerle luego a Madrid.

—

Apertas comenzó a clarear la mañana, fueron llegando a la plaza gentes del pueblo, que se asomaban silenciosas a la reja de la capilla ardiente, examinando curiosas el cadáver. Las mujeres lloraban.

Como una decoración de teatro, iba surgiendo lentamente de entre la niebla, que surbía del vecino río, la plaza, envuelta en la neblina, y la mole de la ermita de la Virgen, saliendo poco a poco de ella.

De lejos venía el sonido de algunas suaves campanas, invitando a orar, a elevar los corazones a lo alto, centro de todo consuelo, esperanza de todos los dolores. Algunos hombres del camp se descubrieron, se santiguaron y movieron los labios murmurando oraciones. Llegó un automóvil con los amigos de Joselito, que habían venido a Madrid a gestionar lo necesario para la traslación del cadáver.

Se vieron las caras lívidas de los que acompañaban a José en esta última noche de torero. Salieron un momento de la oscuridad del ancierro los que le habían pasado junto al cadáver de su jefe, pariente, amigo y protector, Parrita y el Cuco. Detrás salió Mejías. Venían desdichos. Mejías, que fué quien mayores apariencias guardó de entereza, tuvo que santarse en una silla. Volvió a hablarse de la desgracia, tornando a apretarse los puños, a llorar los ojos, a gemir y a maldedir.

Los chicos de Telégrafos continuaban llevando despachos de condolencia. Algunos se referían aún a las primeras noticias y hacían votos por la rápida curación. Más rápida...

El Cuco recibió un su «vicante» despacho de su esposa, hermana de José: «Dime la verdad.» A Mejías le abandonó su forzada entereza al recibir el telegrama de la suya; se desplomó en una silla, hundió la cabeza en las



En la capilla ardiente de la enfermería.—El adiós al maestro

... y así permanecía cuando salía. Poco a poco fue desfilando la gente. Alzó el sol espantoso. Se animó la inmensa feria; se poblaron los caminos; la vida continuó su marcha indiferente, cansada, como si no tuviera que acobardarse alguna vez. Dijimos adiós a José, que seguía durmiendo, sonriente, como si soñase cosas agradables. ¿Refleja la cara de los muertos la visión del terrible más allá? Rezanos una última oración y nos vamos arrastrados por el deber, a decirle esta otra que sale del corazón y dicta nuestro cariño: Veinticinco años, rico, adinerado, sofisticado, triunfador... y todo, nada. ¡Pobre Kikiriki! ¡Perra vida!

DON PIO

Talavera, la mañana del primer día que vivió José.

LA CORRIDA TRAGICA

La trágica corrida de Talavera de la Reina, que ha costado la vida a José, fue organizada por su íntimo amigo D. Leandro Villar.

Este y el ganadero eligieron los toros que habían de ser lidiados, y, contra costumbre, no hubo sorteo para el orden de la lidia.

Como José y Sánchez Mejías eran casados, prescindieron de esta costumbre del sorteo.

Esta corrida despertó en Talavera gran curiosidad y entusiasmo.

Gallito no había torreado nunca en Talavera, y como hubo muchas dudas en si torrearía o no, el interés creció enormemente.

Un solo día bastó para agotar todo el billeteo de la plaza talaverana.

Es esta una plaza sencilla, armoniosa, que está sin concluir.

A la sombra tiene veinticinco palcos.

En total, caben unas cinco mil personas.

La tarde estuvo muy nublada y se creyó que tendría que suspenderse la corrida por lluvia.

Desgraciadamente no fue así.

La corrida comenzó a las cuatro y media haciéndose el paseo en medio de una gran ovación.

Presidía el alcalde, D. José García.

José vestía terno grana y oro, y capote negro bordado en colores.

Gallito, hecho el paseo, echó su capote al palco ocupado por su amigo íntimo D. Darío López, el redactor de «El Imparcial», señor Yador y otros señores.

Y salió el primer toro.

Negro, corto de pitones y sacudido de carnes.

José lanzó por verónicas, escuchando los primeros aplausos de la tarde.

Mansueteando, tomó el de Ortega cuatro varas, sin derribar en ninguna.

Cuco y Cantimplas banderillaron sin grandes lucimientos, y después del brindis ante el presidente, se dirigió José a la res, que estaba muy quedada.

Nada pudo hacer el espada de lucimiento, y así, aprovechó la primera igualdad para señalar un pinchazo en queso. Dio unos cuantos pases más, y entró de nuevo, enterrando todo el estoque, un poco contrario. Acertó el descabello al segundo intento, y fue muy aplaudido.

Segundo.—Negro también, con pocos pitones y también de pocas arrobias.

Sánchez Mejías le saludó con cuatro verónicas, las dos últimas muy buenas.

Tomó el bicho cuatro puyazos y mató cuatro caballos.

Nada de particular hubo que atotar en banderillas, de no ser los apuros que pasaron los banderilleros para cumplir su cometido.

Sánchez Mejías encontró al toro muy avisado y defendiéndose en las tablas.

Sobre la derecha dió Sánchez Mejías varios milanzos, valiente y decidido.

Pinchó una vez, saltando el estoque; repitió con otro, entrando sin confianza, y luego dió tres pinchazos más y dos medias estocadas, que hicieron, al fin, doblar al morlaco.

Tercero.—Del mismo pelo que sus hermanos y del mismo tipo.

José toró por verónicas, de las cuales cuatro fueron muy buenas.

Cuatro varas y dos caballos muertos constituyeron el primer tercio, en el que no hubo ningún quite saliente.

Al cambiar la suerte pidió el público que parearan los matadores; pero José, teniendo en cuenta que el toro no estaba para floreos, se negó.

Cumplieron, pues, los banderilleros y de nuevo salió a torrear otro manso.

La faena fue digna de elogio; no hubo en ella, ni podía haber, adorno alguno; pero el público aplaudió la serenidad, la ciencia y la fe que puso Gallito para sacar algún partido del toro.

Atacando recto y con deseos de matar, dió media estocada, que bastó para que el toro doblara. (Muchas palmas.)

Cuarto.—De más bonito tipo que los anteriores.

Sufrió con muchos pies y Sánchez Mejías se encargó de parárselos con varios lances esfilados, que se aplaudieron.

Las cuatro veces que entró el toro a los picadores derribó y dió lugar a que los matadores hicieran quites que entusiasmaron al concurso.

Sánchez Mejías ofreció los palos a Gallito y éste prendió un par de los suyos, soberano de figura y de valor. Siguió Sánchez Mejías con otro muy bueno y repitieron los dos con otros cuatro palos superiores. (Ovación.)

Sánchez Mejías empezó la faena con un pase sentido en el estribo. Luego, en pie, dió otros pases buenos por los valientes, que precedieron a una estocada un poco delantera, otra contraria y un descabello. (Muchas palmas.)

Quinto.—Negro zaino, de bonito tipo y corto de pitones.

Después de unos lances de José, que fueron muy aplaudidos, tomó el toro ocho varas, saltándose suelta la mayoría de las veces, y mató cuatro caballos.



Grupos a la puerta de la enfermería

El tercio de banderillas, a cargo de Cuco y Cantimplas, fue laborioso porque el bicho se machaba y se defendía.

Sonó el clarín y José cogió muleta y estoque, y con unos pases de tirón sacó el toro a los tercios del 1, donde, solo con el bicho, le dió varios ayudados y otros pases con la herencia.

La cogida

Al dar un pase con la derecha y volver al oro para darle un ayudado, el bicho dió una arrancada rapidísima y, sin dar tiempo a José para enmendarse o cortarle el viaje, le empitonó por el vientre, se lo cambió de un cuerno a otro y luego le arrojó al suelo, donde todavía trató de recogerse.

Quedó el diestro en la arena encogido, llorando, y cuando acudieron en su auxilio Blanquet y el Cuco, y en pelotón todos los demás lidiadores, trató José de incorporarse, sin lograrlo, y echándose mano a la tremenda herida que presentaba en el vientre cayó en brazos de sus banderilleros, que rápidamente le llevaron a la enfermería.

Sánchez Mejías acabó con el toro de una estocada tal y como la merecía el bicho.

El sexto toro

Entre la indiferencia del público, que contemplaba únicamente la cogida de José, salió el sexto y Sánchez Mejías lo lanzó valiente.

Tomó el bicho cuatro varas, ocasionó tres caídas y mató tres caballos.

En una calada, cayó Zurrito chico debajo del caballo y tuvo que ser conducido a la enfermería con fuerte conmoción.

Sánchez Mejías cogió las banderillas, y antes de clavar el primer par salió perseguido por el toro, que saltó el callejón detrás de él y le derribó, no sufriendo el diestro ningún rasguño, una cornada grave.

En las cuadrillas, la desmoralización fue tan grande que Sánchez Mejías tuvo que imponerse de manera enérgica para que estuvieran en la plaza.

Después de banderillar muy bien, brindó Sánchez Mejías a los tendidos de sol y muleta cerca y valiente, más valiente que en los demás toros, y acabó con el bicho de tres pinchazos y una estocada.

Sin esperar las palmas, sin saludar, con la emoción retratada en un angustioso gesto, corrió Ignacio a la enfermería, donde en aquel momento espiraba su compañero y cuidado.

EN LA ENFERMERIA

José entró en la enfermería en brazos de casi todos los individuos de su cuadrilla. Eran las seis y veinticinco.

Inmediatamente acudieron varios médicos de Talavera y de Madrid, siendo colocado el cuerpo de José sobre la cama de operaciones del centro de la enfermería.

El torero estaba completamente inanimado, como un cuerpo muerto.

Se le rasgaron las ropas y José dijo dolorosamente:

—Me ahogo...

Entonces se le cortó el cuello de la camisa y la corbata.

Los médicos que rodeaban a Gallito se miraron todos en seguida, coincidiendo, sin hablar una palabra, en que se encontraban ante una gravísima cornada.

Todo el epigloto, vejiga e intestinos se le sacó por la tremenda herida.

Los médicos procedieron a ponerle una inyección intravenosa, de la que el herido se quejó dolorosamente, diciendo:

—Me ahogo... Me ahogo...

Después vino un colapso terrible.

Todo el cuerpo del infortunado diestro temblaba, en lucha desesperada con la muerte.

Mas el momento de dolor fue brevísimo. José, casi sin sentirlo, espiraba a los treinta minutos de entrar en la enfermería.

Sánchez Mejías

Apenas acabó de matar el quinto toro Sánchez Mejías, corrió a enterarse del estado de José.

—No es nada—le dijeron—. Un puntazo...

Pero, otra vez en el ruedo, se acordó uno entre barreras a Sánchez Mejías y le dijo:

—La cornada no es grave.

—¿Cómo cornada?—replicó Ignacio.— Pero es un puntazo o una cornada? Y el diestro comenzó a inquietarse nuevamente por la cogida de su cuidado, y nuevamente fue a la enfermería.

Allí lo volvieron a tranquilizar, y él mismo tranquilizó al público que le preguntaba por José.

Cuando acabó la corrida Ignacio fuese a toda prisa a la enfermería y pidió ver a su cuidado.

Pasó, y cuál no sería su aturdimiento que le tomó el pulso y puso un oído en el corazón de Gallito.

—Doctoy, José vive, ¿verdad?

Los médicos callaban.

—Yo le siento el pulso; vive, vive; hay que llamar de prisa al doctor.

—No se moleste en llamar a nadie—le dijeron al fin—. Desgraciadamente, José ha muerto.

La desesperación y la angustia de Sánchez Mejías no es para describirla.

El bravo torero no podía creer aquello. Pero poco a poco fue dándose cuenta de la catástrofica realidad.

La cuadrilla, también en la enfermería, estaba como tonta, como loca. Aquellos hombres, recios, fuertes, acostumbrados a mirar a la muerte cara a cara, floraban como niños.

José no era el matador; era el hermano grande, el padre, el protector, el guía.

Y todos se decían igual, monologuando como fantasmas:

—¿Pero cómo ha podido matar un toro a José?... ¿Cómo es esto posible?...

Aquellos momentos fueron de gran confusión.

Nadie sabía qué hacer, ni qué acordar.

Ni toreros, ni amigos, ni acompañantes parecían dispuestos a reaccionar, a preparar todo lo que sigue a la muerte.

Andaban de un lado para otro, como fantasmas.

Momentos después comenzaron a circular los telegramas dando cuenta de la tragedia.

La capilla ardiente

En la misma capilla se improvisó la capilla ardiente.

La misma mesa de operaciones se convirtió en túmulo.

Sánchez Mejías cerró los ojos de José le dió un beso y le cortó la coleta, que guardó amorosamente.

Blanquet le quitó la cadena de oro que siempre llevaba el torero en el cuello y la besó.

El cuerpo de Gallito fue cubierto con unas mantas, y se le colocó un pañuelo en la cara para que cerrase la boca.

Las paredes de la enfermería se cubrieron con paños negros y se encendieron seis grandes blandones, colocándose tres de éstos a cada lado de la mesa.

La impresión en Talavera

Por Talavera circuló la noticia rápidamente. Causó una impresión hondísima.

El alcalde, los concejales y el resto de las autoridades fueron en seguida a la plaza, poniéndose a la disposición de la familia del torero muerto.

El gobernador de la provincia también llegó prontamente a Talavera, haciendo el mismo ofrecimiento.

En la bella ciudad talaverana todo era desolación y tristeza.

Los cafés, los casinos, el teatro, tan animado todo con motivo de la feria, como por resorte quedó paralizado.

Nadie hablaba más que de la tragedia que acababa de ocurrir.

Nuestra llegada a la población fue lo más triste que puede darse.

Para llegar a la plaza de toros tuvimos que atravesar a oscuras todo el ferial de ganado, entre cientos de toros, de sombras de toro mejor, una distancia de bastante consideración.

La noche era cerrada, negra, como noche de tragedia.

Ante nosotros apareció la silueta de la plaza, envuelta en neblinas.

A un lado de la plaza se levanta una hermosa iglesia, consagrada a la Virgen del Pra-

do, y en donde se conservan joyas de cerámica de gran valor.

Entre la neblura de la noche y el drama que en ella palpitaba, Talavera parecía llorar calladamente al torero muerto.

El toro «Bailador»

El toro que ha matado a José se llamaba «Bailador». Era negro zaino, tenía el número 7 y pesó 22 arrobas escasas.

Su madre, que se llamaba «Bailadora», habla dado ya a la ganadería otros toros, duros también, y como «Bailadora», pegajosos con la caballería.

El año pasado fue sacrificada «Bailadora» en el matadero de Madrid y su carne entregada a la voracidad de los madrileños.

El padre es «Canastillo», semental adquirido a la ganadería de Santa Coloma para mejorar y afinar la ganadería de Ortega, de tan corta, pero ya trágica historia.

La fatiuidad

Tantos accidentes, tantos factores han intervenido en el trágico suceso de Talavera, que sólo a la fatalidad pueden atribuirse. A ella, al menos la atribuyen todos.

Primero, el interés que manifestó el público madrileño en que José no torase en Talavera, y los demás intereses que se opusieron y lograron el triunfo; más tarde, el incidente de Torrijos; después, los toros...

El toro «Bailador», el que habla de hacer histórico su nombre, uniéndolo a la más grande tragedia del toreo contemporáneo, no habla de lidiarse en la feria de Talavera.

En el quinto lugar de la corrida iba a lidiarse un toro jabonero, de bonito tipo, rizada testuz y bien puesta cornamenta.

Fue elegido en el cerrado por el ganadero y por el íntimo amigo de José don Leandro Villar, empresario de la corrida, y se le había designado para el quinto lugar a petición del propio Gallito, que recomendó a sus amigos que el quinto toro fuera el mejor que tuviera el ganadero.

Pero se llegó a desentenderse los toros, que fueron a la plaza en cajones, y durante es-

tar la ganadería a media legua de Talavera, y el toro jabonero, bravo, poderoso y con nervio, arremetió contra su jaula, la hizo astillada, ciego contra ella, y en la lucha se descornó, se escobilló un pitón de tal manera, que el ganadero creyó que no era lícito, estando tan cercano el cerrado, presentar en una corrida de importancia un toro con un defecto, y el toro jabonero fue sustituido por «Bailadora», y «Bailador» mató a Gallito.

Un recuerdo

Además de la coleta del infortunado diestro, Ignacio Sánchez Mejías guarda como triste recuerdo de esta aciaga tarde el original del primer parte facultativo que dieron los médicos, que dice así:

El parte facultativo

Ha ingresado en la enfermería el espada José Gómez (Gallito) con una herida penetrante de vientre, situada en la región inguinal derecha, con salida del epilón, vejiga e intestinos, con «schott» traumático y probable hemorragia interna, de pronóstico gravísimo. También sufre otra herida en el tercio superior y parte externa del muslo derecho.

—Doctor Luque.

Una medalla y un retrato

José llevaba pendiente del cuello, como siempre, la cadena de oro con una medalla de la Virgen de la Esperanza y una miniatura de su madre.

La medalla es la misma famosa medalla que en San Sebastián le evitó la cornada del pecho, por ir a tropezar el cuerno en ella, evitando así que atravesara la carne con profundidad.

Es una medalla de oro muy bella, grabada con esmero y rodeada de brillantes.

Se notan en ella los abollamientos del choque sufrido en San Sebastián, y le faltan varios brillantes que se perdieron en este choque.

La miniatura es del tamaño de un duro aproximadamente, y tiene un cerco de zafiro y otro mayor de brillantes en forma de estrella.

Esta medalla es de plata.

Esta será la más preciada reliquia que pueda conservarse del gran torero, precisamente por haber reconcentrado Gallito en ella su fe y sus amores.

Coincidencias extrañas

Como sucede en todos estos casos, la gente comentaba las extrañas coincidencias que han ocurrido alrededor de esta dramática corrida.

Toreros y amigos recordaban que en este mes, y con muy pocos días de diferencia y casi en idénticas circunstancias, murió el Espartaco.

Se recordaba también la obsesión que tenía José con esta corrida desde hacía días y las muchas veces que advirtió durante la lidia el peligro que ofrecía aquel ganado.

Su íntimo amigo D. Darío López nos decía conternado:

—No sé; no sé... Todo el día estuvo nervioso el pobre amigo... Le ocurrió hasta una cosa que jamás le había ocurrido... Se le soltó la faja en una de sus faenas y tuvo necesidad de volverla a sujetar... ¡El tan cuidadoso de esos detalles!

Un viaje divertid

José salió de Madrid en el tren que parte de la estación de las Delicias a las ocho de la mañana.

Le acompañaban Sánchez Mejías, su hermano Fernando, su entrañable Purita, su íntimo D. Darío López y algunos amigos más.

Vestía José traje negro, el mismo que le ha servido de montaja.

El tiempo que invirtieron en el viaje José y sus acompañantes, lo pasaron bromeando y contando anécdotas y chascarrillos.

En algún momento de la conversación se aludió a la corrida de Talavera, y José cambió de tema, queriendo demostrar con ello que no le concedía importancia alguna en los riesgos que pudiera tener, sino que la consideraba una corrida fácil. Mayor preocupación le producía la que tenía que torrear en Madrid.



CABEZA DEL TORO BAILADOR

(Tomada al natural en el Matadero de Madrid, donde fue conducida por el propietario, Antonio Moreno, Lagartijillo.)

Manera

Un detalle que confirma la tranquilidad con que venían a esta corrida Joselito y sus acompañantes, es el de que al pasar por la feria los expedicionarios, D. Dario López, el amigo de Joselito, compró veinte sombreros de palma, de los que usan los segadores en sus fincas.

Joselito mostró gran extrañeza por la adquisición, y su amigo le dijo: —Todos estos sombreros caerán al redondo al, como es seguro, haces una buena faena. Ya verás cómo se rie el público cuando vea tanto sombrero de segador por el aire, pues será un espectáculo nuevo.

Joselito y sus acompañantes celebraron mucho la ocurrencia.

Durante el viaje, y acerca de quién de los dos había comprado antes un pañuelito, se produjo un incidente en la estación de Torrijos entre Fernando, el Gallo, y un viajero; y al observar Joselito que su hermano tenía una cuestión, se acercó cuando ya ambos iban a llegar a las manos, y encarándose con el adversario de Fernando, le zarandó y artincó, en un arranque de violencia, el primero que le han conocido sus íntimos, porque el individuo en cuestión amenazó a su hermano.

No tuvo el incidente más consecuencias que la rotura de una mesa de mármol, cuyo valor abió José.

Tan animado y contento iba Joselito, que invitó a todos sus amigos a una merienda cuando terminara la corrida, y encargó en el hotel que la tuviera preparada.

La cabeza de «Bailador» La cabeza del toro «Bailador» ha sido llevada a Madrid por el ex matador de toros Antonio Moreno, Lagartijillo, que se hallaba en Talavera por ser el contratista de la carne de los toros muertos.

Esta cabeza será convenientemente diseccionada en Madrid, pues constituirá uno de los más preciados recuerdos del gran torero.

Joselito vestía en la corrida de ayer un hermoso torero color grana y oro, casi flameante, pues el dichado torero tenía un prurito especial en la riqueza y variedad de sus trajes de luces, y los daba por descañados en cuanto se los ponía varias veces.

Los restos del traje, en los que se puede apreciar las ornadas terribles que sufrió, fueron empacados por su fiel mozo de espaldas para ser llevados a una de sus hermanas.

Puede decirse que todo Talavera ha pasado ante el cadáver de Joselito.

En ordenada fila, uno a uno, el vecindario y los forasteros, con que ocasión de la feria son muchos hoy en Talavera, han rendido su último tributo al gran torero.

Los hombres miraban con respeto y veneración aquel cuerpo roído a la muerte en plena juventud y en pleno éfiro; las mujeres lloraban consternadas.

En el caso de inutilizarse los seis, no podrá cambiarse otros.

Recuerdo del padre Algunos íntimos de Joselito manifestaban que éste había comentado la coincidencia de que en la misma fecha, hace treinta años, su padre inauguró la plaza, celebrando por la corrida a 3.000 pesetas.

También Ignacio Sánchez Mejías sufrió, en la corrida una fuerte contusión en una rodilla, lesión que le impedirá dedicarse a su profesión en unos cuantos días.

Conforme iban avanzando las horas, aumentaba en la capilla ardiente el número de amigos y admiradores del infortunado diestro.

La cuadrilla de Joselito, sin guardar ningún turno y desocho toda tlla de acompañar constantemente el cadáver de su maestro, no se movía un instante de la capilla ardiente.

La cuadrilla de Joselito, sin guardar ningún turno y desocho toda tlla de acompañar constantemente el cadáver de su maestro, no se movía un instante de la capilla ardiente.

La cuadrilla de Joselito, sin guardar ningún turno y desocho toda tlla de acompañar constantemente el cadáver de su maestro, no se movía un instante de la capilla ardiente.

La cuadrilla de Joselito, sin guardar ningún turno y desocho toda tlla de acompañar constantemente el cadáver de su maestro, no se movía un instante de la capilla ardiente.

La cuadrilla de Joselito, sin guardar ningún turno y desocho toda tlla de acompañar constantemente el cadáver de su maestro, no se movía un instante de la capilla ardiente.

La cuadrilla de Joselito, sin guardar ningún turno y desocho toda tlla de acompañar constantemente el cadáver de su maestro, no se movía un instante de la capilla ardiente.

La cuadrilla de Joselito, sin guardar ningún turno y desocho toda tlla de acompañar constantemente el cadáver de su maestro, no se movía un instante de la capilla ardiente.

La cuadrilla de Joselito, sin guardar ningún turno y desocho toda tlla de acompañar constantemente el cadáver de su maestro, no se movía un instante de la capilla ardiente.

La cuadrilla de Joselito, sin guardar ningún turno y desocho toda tlla de acompañar constantemente el cadáver de su maestro, no se movía un instante de la capilla ardiente.

En el furgón delantero iba el féretro, que se podía ver por las portezuelas abiertas. En las estaciones de tránsito, numerosos públicos acudían al cadáver a presenciar el paso del convoy.

El infortunado diestro ingresó en estado de shock en la enfermería, y en ella permaneció, tendido sobre la mesa de operaciones, durante algunos minutos, hasta que pasados estos primeros momentos se pudo organizar el medio de proporcionar los primeros auxilios.

Estos momentos fueron de una gran lastimosa confusión; todo el mundo gritaba, disponía y lloraba, mientras el desgarrado torero carecía de todos los auxilios necesarios en aquellas críticas circunstancias.

El infortunado diestro ingresó en estado de shock en la enfermería, y en ella permaneció, tendido sobre la mesa de operaciones, durante algunos minutos, hasta que pasados estos primeros momentos se pudo organizar el medio de proporcionar los primeros auxilios.

El infortunado diestro ingresó en estado de shock en la enfermería, y en ella permaneció, tendido sobre la mesa de operaciones, durante algunos minutos, hasta que pasados estos primeros momentos se pudo organizar el medio de proporcionar los primeros auxilios.

El infortunado diestro ingresó en estado de shock en la enfermería, y en ella permaneció, tendido sobre la mesa de operaciones, durante algunos minutos, hasta que pasados estos primeros momentos se pudo organizar el medio de proporcionar los primeros auxilios.

El infortunado diestro ingresó en estado de shock en la enfermería, y en ella permaneció, tendido sobre la mesa de operaciones, durante algunos minutos, hasta que pasados estos primeros momentos se pudo organizar el medio de proporcionar los primeros auxilios.

El infortunado diestro ingresó en estado de shock en la enfermería, y en ella permaneció, tendido sobre la mesa de operaciones, durante algunos minutos, hasta que pasados estos primeros momentos se pudo organizar el medio de proporcionar los primeros auxilios.

El infortunado diestro ingresó en estado de shock en la enfermería, y en ella permaneció, tendido sobre la mesa de operaciones, durante algunos minutos, hasta que pasados estos primeros momentos se pudo organizar el medio de proporcionar los primeros auxilios.

El infortunado diestro ingresó en estado de shock en la enfermería, y en ella permaneció, tendido sobre la mesa de operaciones, durante algunos minutos, hasta que pasados estos primeros momentos se pudo organizar el medio de proporcionar los primeros auxilios.

El infortunado diestro ingresó en estado de shock en la enfermería, y en ella permaneció, tendido sobre la mesa de operaciones, durante algunos minutos, hasta que pasados estos primeros momentos se pudo organizar el medio de proporcionar los primeros auxilios.

El infortunado diestro ingresó en estado de shock en la enfermería, y en ella permaneció, tendido sobre la mesa de operaciones, durante algunos minutos, hasta que pasados estos primeros momentos se pudo organizar el medio de proporcionar los primeros auxilios.

El infortunado diestro ingresó en estado de shock en la enfermería, y en ella permaneció, tendido sobre la mesa de operaciones, durante algunos minutos, hasta que pasados estos primeros momentos se pudo organizar el medio de proporcionar los primeros auxilios.

La afluencia de público a la estación Desde una hora antes de la anunciada para la llegada del tren especial de Talavera, en tranvías, coches y automóviles comenzó a acudir multitudinario público por el paseo de las Delicias. Como no se conocían bien las disposiciones dictadas por la familia y amigos íntimos que dirigían el traslado, hubo muchos que supusieron y dieron margen a que circulara el rumor de que el cadáver, desde las Delicias, sería conducido por la línea de circunvalación a la estación del Mediodía, para salir ayer mismo con rumbo a Sevilla.

Entre los convecinos de personas que se dirigían a la estación de las Delicias había, como es natural, muchísimos toreros, todos los que se hallaban ayer en Madrid y que no habían podido ir a Talavera; muchísimos escritores y periodistas, conocidos diputados y gran número de artistas.

El ferrocarril de Talavera, en un trayecto ascendente como de dos centímetros, para hacerse horizontal, siguiendo a un límite del pueblo hasta una extensión de unos 200 centímetros.

El ferrocarril de Talavera, en un trayecto ascendente como de dos centímetros, para hacerse horizontal, siguiendo a un límite del pueblo hasta una extensión de unos 200 centímetros.

El ferrocarril de Talavera, en un trayecto ascendente como de dos centímetros, para hacerse horizontal, siguiendo a un límite del pueblo hasta una extensión de unos 200 centímetros.

El ferrocarril de Talavera, en un trayecto ascendente como de dos centímetros, para hacerse horizontal, siguiendo a un límite del pueblo hasta una extensión de unos 200 centímetros.

El ferrocarril de Talavera, en un trayecto ascendente como de dos centímetros, para hacerse horizontal, siguiendo a un límite del pueblo hasta una extensión de unos 200 centímetros.

El ferrocarril de Talavera, en un trayecto ascendente como de dos centímetros, para hacerse horizontal, siguiendo a un límite del pueblo hasta una extensión de unos 200 centímetros.

El ferrocarril de Talavera, en un trayecto ascendente como de dos centímetros, para hacerse horizontal, siguiendo a un límite del pueblo hasta una extensión de unos 200 centímetros.

El ferrocarril de Talavera, en un trayecto ascendente como de dos centímetros, para hacerse horizontal, siguiendo a un límite del pueblo hasta una extensión de unos 200 centímetros.

El ferrocarril de Talavera, en un trayecto ascendente como de dos centímetros, para hacerse horizontal, siguiendo a un límite del pueblo hasta una extensión de unos 200 centímetros.

El ferrocarril de Talavera, en un trayecto ascendente como de dos centímetros, para hacerse horizontal, siguiendo a un límite del pueblo hasta una extensión de unos 200 centímetros.

El ferrocarril de Talavera, en un trayecto ascendente como de dos centímetros, para hacerse horizontal, siguiendo a un límite del pueblo hasta una extensión de unos 200 centímetros.

En la casa de Joselito y todos aprovecharon la ocasión de dedicarle este póstumo homenaje yendo a esperar al cadáver a la estación de las Delicias.

El ferrocarril de Talavera, en un trayecto ascendente como de dos centímetros, para hacerse horizontal, siguiendo a un límite del pueblo hasta una extensión de unos 200 centímetros.

El ferrocarril de Talavera, en un trayecto ascendente como de dos centímetros, para hacerse horizontal, siguiendo a un límite del pueblo hasta una extensión de unos 200 centímetros.

El ferrocarril de Talavera, en un trayecto ascendente como de dos centímetros, para hacerse horizontal, siguiendo a un límite del pueblo hasta una extensión de unos 200 centímetros.

El ferrocarril de Talavera, en un trayecto ascendente como de dos centímetros, para hacerse horizontal, siguiendo a un límite del pueblo hasta una extensión de unos 200 centímetros.

El ferrocarril de Talavera, en un trayecto ascendente como de dos centímetros, para hacerse horizontal, siguiendo a un límite del pueblo hasta una extensión de unos 200 centímetros.

El ferrocarril de Talavera, en un trayecto ascendente como de dos centímetros, para hacerse horizontal, siguiendo a un límite del pueblo hasta una extensión de unos 200 centímetros.

El ferrocarril de Talavera, en un trayecto ascendente como de dos centímetros, para hacerse horizontal, siguiendo a un límite del pueblo hasta una extensión de unos 200 centímetros.

El ferrocarril de Talavera, en un trayecto ascendente como de dos centímetros, para hacerse horizontal, siguiendo a un límite del pueblo hasta una extensión de unos 200 centímetros.

El ferrocarril de Talavera, en un trayecto ascendente como de dos centímetros, para hacerse horizontal, siguiendo a un límite del pueblo hasta una extensión de unos 200 centímetros.

El ferrocarril de Talavera, en un trayecto ascendente como de dos centímetros, para hacerse horizontal, siguiendo a un límite del pueblo hasta una extensión de unos 200 centímetros.

El ferrocarril de Talavera, en un trayecto ascendente como de dos centímetros, para hacerse horizontal, siguiendo a un límite del pueblo hasta una extensión de unos 200 centímetros.

El ferrocarril de Talavera, en un trayecto ascendente como de dos centímetros, para hacerse horizontal, siguiendo a un límite del pueblo hasta una extensión de unos 200 centímetros.

Detrás del telón

Estrenos en provincias: En el Korafa, de Valencia, una muy hermosa...

En el Korafa, de Valencia, una muy hermosa...

En el Korafa, de Valencia, una muy hermosa...

En el Korafa, de Valencia, una muy hermosa...

En el Korafa, de Valencia, una muy hermosa...

En el Korafa, de Valencia, una muy hermosa...

En el Korafa, de Valencia, una muy hermosa...

En el Korafa, de Valencia, una muy hermosa...

En el Korafa, de Valencia, una muy hermosa...

En el Korafa, de Valencia, una muy hermosa...

En el Korafa, de Valencia, una muy hermosa...

En el Korafa, de Valencia, una muy hermosa...

En el Korafa, de Valencia, una muy hermosa...

En el Korafa, de Valencia, una muy hermosa...

En el Korafa, de Valencia, una muy hermosa...

En el Korafa, de Valencia, una muy hermosa...

En el Korafa, de Valencia, una muy hermosa...

En el Korafa, de Valencia, una muy hermosa...

En el Korafa, de Valencia, una muy hermosa...

En el Korafa, de Valencia, una muy hermosa...

En el Korafa, de Valencia, una muy hermosa...

En el Korafa, de Valencia, una muy hermosa...

En el Korafa, de Valencia, una muy hermosa...

En el Korafa, de Valencia, una muy hermosa...

En el Korafa, de Valencia, una muy hermosa...

En el Korafa, de Valencia, una muy hermosa...

En el Korafa, de Valencia, una muy hermosa...

En el Korafa, de Valencia, una muy hermosa...

En el Korafa, de Valencia, una muy hermosa...

En el Korafa, de Valencia, una muy hermosa...

En el Korafa, de Valencia, una muy hermosa...

En cambio, es posible que la Zacaeta...

Notas médicas

Los médicos de la V. O. T. El Colegio de Médicos celebró el viernes...

La Asamblea se enteró, por las explicaciones...

Con este motivo se suscitó una discusión...

Primero. Que la Junta de gobierno aplique...

Segundo. Invitar al Sindicato Médico para...

Tercero. Se acordaron otras medidas de...

La sesión, que fue presidida por el doctor...

Una numerosa Comisión de Hermanas de...

El Sindicato de Amichés, que se titula «El...

Con la obra ya los días que faltan para el...

Y estamos deseando una ocasión para decir...

En Martes está para terminar la temporada...

unos pruebas indudables de pobreza, lo mismo...

VIDA SOCIETARIA

OBREROS PELUQUEROS.—Esta Asociación...

Reuniones en la Casa del Pueblo...

En el salón grande: A las ocho de la noche...

En el salón pequeño: A las nueve de la noche...

NOTICIAS

La salud pública en Madrid Según «El Siglo Médico»...

En los niños se acentúa la coquecubie, debiendo...

Dr. Balaguer, vacuna 4 a 6. Preclados, 25 Una Exposición...

El cincelador Juan José ha reunido un conjunto...

NADIE HA PODIDO competir en precios, clases y confección...

Correo de teatros

CERVANTES.—Hoy martes, por tarde y noche...

REINA VICTORIA.—A las cinco y media y a las diez...

NOVEDADES.—A las seis, La oración de...

que en Madrid se ha representado la adaptación...

ISABEL.—Mañana miércoles, beneficio de Pedro Zarza...

Andrés, Concha Ruiz; Germán, Concha Vilhar...

APOLO.—Hoy martes, a las seis y media, Trampa...

Mañana miércoles, El niño jufo por la tarde...

PEDRO DE REPIDE El maleficio de la U NOVELA...

ALPARGATAS GRANDES ALMACENES de Alvaro y Mateos...

ESPECTACULOS PARA HOY COMEDIA.—A las diez y cuarto...

CERVANTES.—A las seis y media y a las diez...

CENTRO.—A las diez y media, Los nuevos ricos...

INFANTA ISABEL.—A las seis y media y a las diez...

REINA VICTORIA.—A las cinco y media y a las diez...

APOLO.—A las seis y media, Trampa y cartón...

COLISEO IMPERIAL.—A las seis y media, Con las diez...

NOVEDADES.—A las seis, La oración de...

la vida.—A las siete y cuarto, El agua del Manzanares...

MARTIN.—A las seis y media, La perfecta casada...

LATINA.—A las siete, La corte de Faradón...

CIRCO W. PARISH.—A las nueve y tres cuartos...

ROMEA.—Cinéma y variedades. Secciones a las seis...

CINEMA X (Noviciado).—Tarde, a las cinco y media...

CINE IDEAL.—A las cinco y media y a las diez...

REAL CINEMA.—Empresa Sagarra.—Plaza de Isabel II...

PRINCIPE ALFONSO.—Empresa Sagarra.—Los pájaros...

ROYALTY.—Siempre estrenos.—La espada de Damocles...

MADRID CINEMA.—Todo el programa de Royalty...

SALON CHANTECLER.—A las siete y a las diez y media...

LA COMICA, Agencia de billetes para toda clase de espectáculos...

Imp. de LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA, Factor, 7.

R.M.S.P. MALA REAL INGLESA. LA MALA REAL INGLESA SALIDAS REGULARES de los buques vapores de las series "A" y "D" de ESPAÑA Y PORTUGAL para BRASIL y RIO DE LA PLATA.

BANCO DE MADRID. Casa central: MADRID, Gran Vía, núm. 24 (Oficinas provisionales) APARTADO 553.—TELEFONOS 22-10 Y 22-20. Sucursal: Barcelona, Caspe, 12 APARTADO 586.—TELEFONOS 43-11 Y 43-19.

LA FORESTAL DE URCEL. Calle de Cortes, 684.—Teléfono 1.210. Dirección telegráfica: MIBERN, Barcelona. FABRICA DE CARTULINAS Y CARTONES FINOS DE MOLLERUSA (LERIDA).

